

UN MAPA  
DEL MUNDO  
AFECTIVO:  
EL VIAJE DE LA  
VIOLENCIA AL BUEN  
TRATO

2<sup>a</sup>  
EDICIÓN

PEPA  
HORNO  
GOICOECHEA





*Pepa Horno Goicoechea es psicóloga y consultora en infancia, afectividad y protección.*

*Especialista en protección infantil, ha trabajado durante más de catorce años coordinando campañas estatales e internacionales para la prevención y erradicación de la violencia contra los niños y niñas, especialmente el castigo físico y psicológico y el abuso y explotación sexual infantil. Ha impartido formación y asesorado programas de intervención en más de veinte países de Latinoamérica, sur y sudeste asiáticos, Europa y el Magreb.*

*Es autora de varios libros sobre desarrollo afectivo y social y coordinadora de varios estudios e investigaciones en el ámbito de la protección. A destacar entre sus publicaciones anteriores sería “Educando el afecto” (2004), “Amor y violencia: la dimensión afectiva del maltrato” (2009) o “Ser madre, saberse madre, sentirse madre” (2011).*

*Para más información [www.pepahorno.es](http://www.pepahorno.es)*

Para aquellos que configuráis mi geografía de los afectos  
(y a Carlos por ponerle nombre, hace ya mucho).

Para tantos corazones heridos y valientes  
que he encontrado por todo el mundo en cada charla o taller.

Para las y los que dais sentido  
a palabras como “maestra”, “profe” o “educadores”.

Para mi impagable comité de lectura crítica,  
que da valor a cada una de mis palabras, haciéndolas más sutiles.

Y, sobre todo, para ti, amor, por ser mi mejor maestro  
con tus cinco años recién cumplidos.

# Índice

- 9 El sentido de este libro: **la geografía de los afectos**
- 15 Primera parte: **Las visiones dicotómicas del mundo**  
19 *Un mundo en blancos y negros*  
23 *La burbuja que creamos alrededor de los niños y niñas*  
29 Viajando hacia el buen trato: **del blanco y negro al arco iris**
- 31 Segunda parte: **Los vínculos afectivos idealizados**  
35 *Los vínculos afectivos en el desarrollo*  
37 *Aquello que no solemos decir sobre los vínculos*  
45 *Nuestros vínculos evolucionan con nosotros*  
51 Viajando hacia el buen trato: **aprendamos a querernos bien**
- 53 Tercera parte: **El abuso de poder en las relaciones afectivas**  
57 *El poder en las relaciones afectivas*  
61 *La violencia menos visible*  
65 Viajando hacia el buen trato: **la ética del cuidado**
- 69 Cuarta parte: **El bloqueo de las emociones negativas**  
73 *Enseñar a sentir*  
83 *Enseñar a expresar la impotencia y la rabia ocultas*  
91 Viajando hacia el buen trato: **aprendamos de aquello que sentimos**
- 93 Quinta parte: **El miedo a la diferencia**  
97 *La identidad desde la diferencia*  
101 *Saberse diferente*  
105 Viajando hacia el buen trato: **honremos las diferencias**
- 107 Sexta parte: **El miedo a los conflictos**  
111 *El conflicto como la suma del riesgo y la oportunidad*  
113 *El conflicto unido a la violencia*  
117 *La base afectiva de los conflictos*  
127 Viajando hacia el buen trato: **discutamos sin hacernos daño**

# Índice

129	Concluyendo: <b>algunas propuestas para quienes educamos</b>
139	Bibliografía
143	Notas

## EL SENTIDO DE ESTE LIBRO: LA GEOGRAFÍA DE LOS AFECTOS

*“Mi hijo me ha confrontado con mi cuerpo y mi memoria, con la necesidad de vivir desde mi piel. Me ha enseñado a honrar mi vida. Me ha mostrado mi propia fragilidad y me ha enseñado la compasión. Y es que él también es mi espejo. Porque aquellos a quienes elegimos amar configuran nuestra identidad.”<sup>1</sup>*

En estos años que llevo trabajando para la prevención y erradicación de la violencia contra los niños y niñas, una pregunta surge sistemáticamente en cualquier espacio en el que se conversa sobre violencia y es “¿De dónde surge la violencia?”.

Y no me refiero a la pregunta formulada desde el punto de vista experimental o científico, sino a la que surge del alma humana. Las madres, padres, profesionales o adolescentes, y desde luego los niños más pequeños con los que he trabajado el tema, invariablemente llegan al punto de preguntarme “¿Cómo un ser humano es capaz de llegar a agredir a otro hasta ese punto?”.

Contestar a esa pregunta me llevaría más horas y páginas de las que dispongo en este libro, y probablemente tampoco lo lograría, porque por muchos datos que nos proporciona la ciencia sobre el estudio del comportamiento humano, sigue quedándonos dentro esa sensación de sobrecogimiento, de horror y de soledad a la que nos conduce la violencia. Y sigo llegando a ese mismo sobrecogimiento por muchos años que pasan e historias espeluznantes que conozco.

Por eso mi propósito al escribir este libro es aportar un poco de luz sobre ese “mapa del mundo” que configuramos mediante la educación y que conduce a la violencia. La idea es poner encima de la mesa algunos mensajes que estamos transmitiendo a los niños, niñas y adolescentes que legitiman la violencia, la

promueven y le dan un lugar en el mundo.

Porque la pregunta no debe ser solo lo que la persona es capaz de hacer, sino lo que el ser humano enseña a sentir y a hacer. Busco que seamos capaces de ver cómo la violencia comienza mucho antes de la agresión en sí misma. Busco que nos demos cuenta de que cuando legitimamos, permitimos o incluso fomentamos determinados mensajes, estamos haciendo posible esa agresión, le estamos dando un lugar en nuestra sociedad.

La violencia no surge de la nada, ni solo de un lugar. Surge del cerebro, la genética y el sistema hormonal; además de los factores socio estructurales y culturales; y también de los contenidos educativos. Y, por supuesto, surge de la huella que nos dejan las relaciones afectivas más primarias y que interiorizamos fruto de nuestra historia personal. Es lo que llamamos los psicólogos un “fenómeno multicausal”, como en el fondo lo son todos los fenómenos humanos.

Por eso en este libro no pretendo dar respuestas, ni recetas, ni soluciones a la violencia. Quiero provocar en el lector -y al decir lector pienso sobre todo en los educadores y las familias- una reflexión sobre el tipo de juicios, criterios y formas de mirar el mundo que les estamos enseñando a nuestros niños. Y al final proponer algunas alternativas para promover un viaje hacia el buen trato, que dé a los niños, niñas y adolescentes una visión diferente del mundo y sus posibilidades.

Lograr que un niño o una niña aprenda a reconocer su agresividad, a manejarla, a darle el lugar que merece en su desarrollo y a honrarla como parte de su autoprotección es prevenir la violencia. Y darle estrategias para saber encauzarla para no dañar a los otros también lo es. Es esencial enseñar a las personas a reconocer dónde está su límite, porque todos lo tenemos. Todos llevados a un momento y de una forma determinada cruzamos la línea de la violencia. Porque la violencia trasciende sociedades y culturas, es un fenómeno universal que tiene que ver con cómo manejamos el poder en nuestras relaciones afectivas. Y el desarrollo afectivo del ser humano es la dimensión universal del desarrollo, la que nos iguala más allá

de fronteras y geografías. Define lo que un educador al que admiro llamó hace tiempo nuestra geografía de los afectos. Y esa geografía está salpicada de violencia. Uno de los objetivos del proceso educativo debe ser hacer consciente en el niño, niña o adolescente la violencia estructural en la que vivimos y a la que nos hemos resignado.

Estas páginas recogen los seis mensajes que yo he podido identificar más vinculados a la violencia. Quizá no son los únicos, pero en mi opinión sí los más relevantes. Son mensajes que hacen posible la violencia y la legitiman. Son los siguientes:

- las visiones dicotómicas del mundo,
- la idealización de los vínculos afectivos,
- el abuso de poder en las relaciones interpersonales,
- el bloqueo de las emociones negativas,
- el miedo a la diferencia y
- el miedo al conflicto.

He intentado proponer como alternativa al final de cada capítulo algunos de los mensajes básicos por los que apuesto como alternativas para sustituir cada uno de los mensajes que expongo, especificando en aquellos casos que considero necesario los destinados a las y los adolescentes.

Esta tarea me ha resultado complicada en algunos casos por la sutilidad de matices que requería y que era muy complicado reflejar ajustadamente en frases cortas y sencillas, que puedan ser trabajadas directamente con los niños. Espero que, si en algún caso adolezco de una cierta generalización, se comprenda el contexto de su formulación y los educadores sepan disculparme por ello y sabrán adaptarlo a su contexto.

Quiero indicar que el libro está escrito dirigido a los educadores y en ese caso y por eso hablo en primera persona del plural, porque me incluyo en ese colectivo. Pero en el caso de los apartados finales de cada capítulo llamados “viajando hacia el buen trato” están escritos y formulados en segunda persona del singular como si fueran directamente dirigidos a los niños,



niñas y adolescentes para favorecer que puedan ser usados por los educadores.

Y en las conclusiones me he permitido dejar esbozadas algunas pautas fruto de mi experiencia profesional y vital, que considero que podrían mejorar la labor cotidiana de quienes educamos. Quiero indicar que cuando hablo de educadores yo incluyo tanto a las familias como a la escuela y otros agentes. También sugiero algunos criterios para el análisis de los contenidos y el enfoque de los programas curriculares que se están impartiendo actualmente. Este libro pretende poner un granito de arena a ese análisis porque un proyecto educativo bien enfocado en cuanto a contenidos, principios, valores y metodologías es un factor de protección integral para toda la comunidad educativa.

Éste es un libro que quiere ser práctico sin dejar de ser reflexivo, que intenta proporcionar pistas para transitar por el mapa del mundo actual y para contribuir a sanarlo, a que ese mapa sea lo menos violento posible. Recoge algunas pautas o ideas que creo que ayudarán a todo el que conviva con un niño o una niña a generar en ellos una geografía diferente de su alma y sus afectos.

Una cuestión de lenguaje antes de terminar esta introducción. He decidido alternar a lo largo del texto las expresiones “niños” con “niños y niñas” y con “niños, niñas y adolescentes”. Especificaré la tercera opción cuando pretenda enfatizar alguna característica especialmente relevante que atañe a la adolescencia, pero el resto del tiempo para facilitar la lectura del contenido, optaré por el uso del genérico masculino para englobar en “niños” a “niños y niñas” salvo en aquellos casos que por el contenido en sí considere necesario explicitar “niños y niñas”. Lo mismo me ocurre con “los educadores” que utilizo como genérico de “las y los educadores”. Sin embargo, mantengo conscientemente diferencias como “madres y padres” dado que son dos figuras diferenciadas cara a la educación, aunque en otros momentos utilice la expresión “figuras parentales” que es más amplia que la de madres y padres.

Y quiero comenzar este libro ofreciendo a quien me lee una

lista de palabras que espero se carguen de otro significado al acabar su lectura. Estas palabras definen el equipaje con el que me gustaría transitar ese otro mapa del mundo. Una especie de lista de deseos personal para todos nuestros niños, niñas y adolescentes. Desearía que su geografía estuviera habitada por: gozo, caricias, alegría, vulnerabilidad, amor, temblor, fragilidad, intemperie, valor, magia, duda y dignidad.

PRIMERA PARTE

---

LAS VISIONES DICOTÓMICAS  
DEL MUNDO

*Qué ocurre si creemos que:  
El mundo está formado por buenos y malos.  
Si te quedas a nuestro lado, estás a salvo.  
Mi visión de la vida es la más válida?*

La visión del mundo que se está proporcionando a los niños desde la mayoría de las esferas de la sociedad (familias, escuela, medios de comunicación, grupo de iguales...) es una visión dicotómica en blancos y negros. Presentamos un mundo dividido en “buenos” y “malos” y en donde no hay cabida para la duda, el temor o las visiones intermedias de los problemas. Una visión que suele conllevar además un posicionamiento de “estás conmigo o estás contra mí”.

No se trata de mantener una posición relativista del “todo vale”. Tampoco de considerar todos los extremos como válidos, puesto que hay elementos dañinos para el desarrollo del niño, de los que como veremos más adelante debemos enseñarles a protegerse. Tampoco buscamos que las personas no asuman, cuando así lo decidan o sientan, compromisos personales que en ocasiones pueden ser vistos incluso como radicales. Pero en este primer mensaje debemos lograr dar a los niños una visión del mundo realista y no excluyente que englobe las diferencias, la duda, el miedo y los claroscuros de la naturaleza humana. Veamos por qué y cómo trabajarlo.

## UN MUNDO EN BLANCOS Y NEGROS

Las visiones dicotómicas del mundo son **más simples y más fáciles de transmitir**. No hay matices, ni complejidades o ambigüedades, y nos alejan aparentemente del miedo, de la duda y del temor, que en caso de existir, permanecen ocultos para los demás. Pero son visiones que **no se ajustan a la realidad**. Las campañas de publicidad, las materias educativas, la educación en valores a menudo...los mensajes que transmitimos a los niños, niñas y adolescentes se han polarizado en extremo. No hay referente público alguno que diga “no sé” o “tengo miedo” o “tengo dudas” o “quizá, pero no estoy seguro”.

Las posiciones, desde las de las instituciones públicas y los referentes sociales, políticos y culturales hasta las de las mismas familias en casa son a menudo excluyentes. Parten de la premisa de tener la razón y de que lo que opinan es la verdad. **En vez de generar preguntas que ayuden a las personas a pensar, se dan respuestas para que sean seguidas.**

Algunas dicotomías arraigadas en nuestra sociedad y planteadas como visiones excluyentes que obligan al niño a elegir serían: los buenos y los malos, el fuerte y el débil, los derechos y los deberes, lo masculino y lo femenino, los que ganan y los que pierden, los que mandan y los que obedecen... Plantean estas realidades en vez de como complementarias, como excluyentes y ante las que hay que posicionarse, elegir unas y descartar otras. Son visiones que no reflejan la pluralidad de realidades sociales ni los claroscuros de la naturaleza humana.

Sin embargo, en la niñez pero aún más en la adolescencia, se ven obligados a afrontar un mundo de inseguridades emocionales sin disponer de herramientas que se ajusten a su realidad, porque todas las que les ofrecemos definen certezas absolutas y excluyentes, mientras que su mundo interior es a menudo caótico e inseguro.

Hay elementos vivenciales que deben formar parte de una educación en valores configurada no desde una visión dicotómica del mundo sino experiencial. Los iremos desarrollando en cada uno de los capítulos. Elementos como la duda o el temor, pero también las preguntas sin respuesta. Por ejemplo, la compasión ante el dolor ajeno que les lleve a conmoverse, ser empáticos o preguntarse el porqué de ese sufrimiento. La pregunta sobre el sentido del dolor y la injusticia ha de ser parte del psiquismo humano aunque sea una pregunta parcialmente sin respuesta.

**El proceso educativo no ha de consistir en dar respuestas absolutas, ni certeras, ni únicas.** Respuestas que además a menudo se construyen para negar y ocultar una inseguridad extrema, para la que no sentimos tener herramientas de elaboración e integración. En la educación debemos perseguir que los niños se hagan las preguntas clave y construyan sus propias respuestas fruto del conocimiento, la experiencia vivencial y la diversidad social de referentes.

En la educación debemos dar un lugar al **miedo, la inseguridad, el dolor o la duda**, porque son elementos inevitables de la experiencia humana en los que los niños, niñas y adolescentes necesitan aprender a desenvolverse, sin sentirse bloqueados ni indefensos ante ellas. Es necesario darles estrategias para que puedan vivir con preguntas sin respuesta y para que nunca pierdan la capacidad de dolerse y de conmoverse, porque eso les impulsará a la acción transformadora, no a la resignación. Les dará valor y dignidad, y les llevará a sacar lo mejor de sí mismos, no a seguir el camino trazado por otros.

Es necesario cambiar una visión dicotómica del mundo por una visión desde la pluralidad de realidades y vivencias. **Un “arco iris” que está lleno de todo tipo de colores y matices.** No todos esos matices serán válidos, positivos para su desarrollo o coincidirán con lo deseable en el mundo en que viven. Pero esos matices darán elementos de realidad a los niños para manejar su propio mundo interior, y desde ahí trabajar lo que se ha venido a llamar educación emocional y espiritual.

Podemos incorporar la dimensión trascendente de la vida al

proceso educativo, independientemente de su vinculación o no a un componente religioso. Al hablar de trascendencia, nos referimos a ese segundo registro de la vida construido con lo que no se ve y no se puede probar, pero se intuye, se siente y se sabe. Se trata de que los niños aprendan a conocer, sentir y comprender el misterio que la vida conlleva. Y que puedan hacerlo desde su aporte único y personal y desde una opción por la alegría. Pero esa dimensión no encaja en una visión dicotómica del mundo porque incluye realidades como el misterio, las preguntas sin respuesta, la duda o la comunión. Y también la alegría, el gozo y el amor.

A la dimensión trascendente se accede a través de la consciencia. Pero esa consciencia hemos de educarla. En la medida que enseñamos a los niños a vivir cada momento con plenitud, a fijarse en cada pequeño detalle, en lo que se dice y en lo que se calla, a mirar a los ojos a las personas, a ir despacio y respetar su propio ritmo, a mirar el paisaje por la ventana de los trenes o a acariciar a sus hermanos, padres o amigos...estamos generando consciencia. Y esa comprensión del valor de lo pequeño y de su papel en cada paso de su vida nos lleva a darnos cuenta de que cada uno de nosotros aporta algo a la totalidad, algo único, valioso y frágil.

Porque no olvidemos que la dimensión trascendente de la vida genera una **consciencia crítica** en la persona y debemos buscar que sea **positiva y transformadora**. Las visiones catastrofistas, derrotistas y desencantadas, tan abundantes hoy en día y a menudo fomentadas desde los medios de comunicación, llevan a las personas a la resignación, a la impotencia y a la parálisis, tres actitudes que en sí mismas destruyen la paz en el individuo, sus relaciones con los demás y, por supuesto, anulan su capacidad de generar cambios<sup>3</sup>.

Por eso no basta con educar la dimensión de la trascendencia, es necesario educar a los niños, niñas y adolescentes en la **esperanza crítica** que esa dimensión implica, en la perspectiva y la elección del vaso medio lleno y las posibilidades. No desde la ingenuidad ni el idealismo, sino conociendo y acogiendo la vida tal cual es, y dándose permiso a sí mismos para construir el mundo

y la vida que se desean. La esperanza crítica implica enseñarles a aceptar las preguntas sin respuesta y a dar un lugar al dolor y al duelo. Impulsarles a vivir su realidad y a comprometerse con los afectos que creen y con la responsabilidad sobre su propia vida. Darles herramientas para afrontar las crisis que vivan y para la búsqueda consciente y constante de una coherencia vital y de una apertura mental.



## LA BURBUJA QUE CREAMOS ALREDEDOR DE LOS NIÑOS Y NIÑAS

¿Por qué esta visión dicotómica del mundo? En muchos casos es fruto de una elección consciente e intencionada. Las figuras parentales y educativas optan por un modelo social, ideológico o religioso, entre otros posibles, al encarar la educación de los niños. Optan por una visión determinada desde la que deciden mostrar a los niños solo una parte del mundo y sus geografías. Asumen conscientemente el riesgo de dejarles sin elementos de comprensión de su propio mundo interior vivencial cuando éste no coincide con lo que se espera de ellos.

Pero no siempre es una visión elegida con consciencia. A menudo estas visiones persiguen crear una burbuja alrededor de los niños y en la mayoría de los casos se construye con la mejor de las intenciones. Se intenta mantener a los niños y niñas, sobre todo en el caso de sus familias, a salvo del dolor, el sufrimiento, las lágrimas o la pena. Podemos encontrar ejemplos desde lo más cotidiano hasta lo más radical. En lo cotidiano se evita la frustración a los niños y niñas. Cuando se les rompe algo se compra otra cosa para sustituirlo y evitar vivir la ausencia. Cuando se han caído y se han hecho daño, en vez de dejarles llorar conteniendo ese dolor, y diciéndoles “sé que te duele, pero estoy aquí contigo y te voy a ayudar a que pase”, se les dice “ya pasó, no pasa nada, deja de llorar”. O en lo más radical, no se les habla de la muerte, por ejemplo, ni se les deja participar en las ceremonias de despedida o cuando una persona de sus familias está enferma, se tiende a no decírselo, y por supuesto a que no vayan a los hospitales, ni participen de los cuidados del enfermo.

Es probable que todos hayamos deseado poder crear una burbuja en torno a los niños que queremos, sobre todo si son nuestros hijos. Una burbuja que los mantenga a salvo del dolor. La construimos en el convencimiento de que, mientras permanezcan en ella, podremos controlar las vivencias que les ocurren, las personas con las que se relacionan y los riesgos que

corren. Una burbuja que, en cierto sentido, acaba siendo una trampa.

Son las necesidades, miedos y deseos de los adultos los que configuran el universo de los niños. Nuestra propia visión del mundo configura sus posibilidades y oportunidades, nuestros afectos delimitarán las figuras vinculares de los niños y nuestros miedos generarán limitaciones en ellos.

Porque esa burbuja divide al mundo en dos: “lo que está dentro contra lo que está fuera”. Lo que está dentro se supone que es lo bueno, lo elegido y lo deseable. Lo que está fuera es “lo diferente” y a menudo se intuye como algo a temer, como veremos en el capítulo cinco.

La burbuja es una buena imagen de este proceso porque tiene algunas particularidades sobre las que es bueno pararse a reflexionar:

- es un material maleable, que además se mueve constantemente,
- aunque parezca inaprensible, puede explotar en un momento,
- y es difícil de percibir al ser transparente.

Las burbujas en la que vivimos resultan muy difíciles de percibir porque son **universos que construimos y que al mismo tiempo nos limitan**. Son transparentes para nosotros porque forman parte del mundo que conocemos, de aquello que siempre hemos visto y vivido. Solo cuando algo las hace estallar y tenemos la sensación de que nuestro mundo se ha destruido y de estar a la intemperie es cuando somos conscientes de esa envoltura que vivíamos como protectora. El material es maleable y se mueve constantemente, por lo que casi nunca tenemos la sensación de estar viviendo en un universo limitado. Solo en aquellos casos en que esas burbujas son extremadamente rígidas, las personas sienten estar prisioneras de su propia vida.

Hay un proceso esencial y necesario en la crianza de los niños tanto para las madres y los padres como para sus hijos, que es

la pérdida progresiva de la simbiosis entre las figuras vinculares y el bebé y de la sensación de omnipotencia que esa simbiosis proporciona a las figuras vinculares. Los padres, pero sobre todo las madres, durante el embarazo y en los primeros meses mientras el bebé es muy pequeño y no tiene apenas autonomía, sienten que pueden proteger a sus bebés, que son omnipotentes porque el bebé depende de ellos para todo, siempre y cuando no exista algún acontecimiento o factor previo que cuestione esa seguridad.

Pero llega el momento en que el bebé empieza a adquirir autonomía y capacidad de expresar sus propios deseos, que pueden ser diferentes de los de sus figuras parentales, como pasa muy a menudo. En ese momento las figuras parentales se ven obligados a afrontar un número grande de riesgos para la seguridad y bienestar del niño que forman parte de la propia vida, pero que a ellos y ellas les genera una inseguridad importante. Y entonces llega la opción: educar asumiendo esa incertidumbre, esa intemperie, o intentar generar una burbuja socio afectiva que prolongue esa sensación de omnipotencia, que aunque sea falsa, da seguridad a las figuras parentales.

Cada elección que hacemos va configurando la burbuja que construimos, ese universo que buscamos ofrecer a nuestros hijos o alumnos. Hacer consciente ese proceso es importante por varios motivos. Primero, porque la burbuja que les ofrecemos **puede que no sea la que ellos deseen ni la que elijan como personas autónomas**. No hemos de pensar solo en cuando sean adultos, sino desde su infancia.

Conforme les dejemos elegir, descubriremos quizá que ellos no quieren la misma burbuja que nosotros y eso nos obligue a rehacerla, reconstruirla, y lo que es más importante, a cambiar la nuestra. Ése es el riesgo de permitir el ejercicio de la libertad a los niños y niñas, no solo que se puedan equivocar, sino que sus elecciones puede que nos lleven a nuestro propio cambio.

Segundo, porque en la medida que configuramos **una burbuja idéntica a la nuestra, impedimos la autonomía de los niños**. Y ser autónomos es el fin último de su pleno desarrollo como

personas. La simbiosis que podemos generar al configurar una burbuja idéntica a la nuestra supone un daño en su desarrollo al carecer de límites individuales que le configuren y le permitan un desarrollo propio y diferenciado.

Y tercero, pero no menos importante, porque crear una burbuja es incluir muchos elementos en ella, pero al mismo tiempo, implica dejar fuera otros. Son posibilidades excluyentes. Si dejamos entrar unas actividades, unos valores o unas personas, dejamos fuera otros. Esa es la educación en valores que damos a los niños. Nuestras propias elecciones para sus vidas les enseñan, sin ni siquiera hablarles de ello, los valores que consideramos positivos y deseables para ellos. **No educamos tanto en lo que decimos como en lo que hacemos, y en lo que elegimos para ellos.**

Es necesario valorar también que cuanto más amplia en referentes, experiencias y variedad es la burbuja construida, más oportunidades de resiliencia y de afrontamiento positivo del duelo tienen los niños. La capacidad de sobrevivir al dolor o a la pérdida sin salir dañado se multiplica cuando existen otros referentes afectivos o experiencias positivas del mismo calado y cercanía afectiva. Existen otros ejemplos mucho más pequeños pero significativos de este proceso: si el niño o niña solo come en un plato determinado, o solo duerme en una cama, o no tiene una red de figuras vinculares amplia... su burbuja se resentirá de la pérdida de cada uno de esos elementos, desde los más pequeños a los más relevantes, porque para él son escasos y están sobrevalorados.

Y a esto hay que añadir una reflexión clave en la violencia: la relación que existe entre esta burbuja y una protección eficaz de los niños ante cualquier forma de maltrato. Es necesario comprender que **es justo esa burbuja la que puede poner en una situación de riesgo a los niños** porque les deja sin herramientas para manejarse en el mundo tal cual es, que es diferente a cómo las figuras vinculares y educativas, especialmente en el caso de las familias, quisieran que fuera.

La paradoja más difícil de comprender es que una protección

verdaderamente eficaz de cualquier forma de violencia pasa por permitir de forma consciente a los niños y niñas entrar en contacto con situaciones que a veces suponen un riesgo, darles a conocer las realidades que puedan ser dañinas y permitirles ejercer su libertad con el riesgo que esta conlleva. Por ejemplo, si nunca les dejamos ir solos al colegio, o gestionar su tiempo en las tareas y deberes llenándoles el tiempo de actividades extraescolares definidas por nosotros o si intentamos dificultar su iniciación en las relaciones sexuales, entre otros muchos ejemplos que podríamos ver, no permitimos que aprendan a gestionar el riesgo y se hagan responsables de sus acciones.

Los estudios son claros<sup>4</sup>: el 80% de los casos de maltrato ocurren en el entorno de personas conocidas y queridas para los niños y niñas. Personas que están dentro de la burbuja. Proporcionar herramientas de protección eficaces a un niño supone que les enseñemos a identificar las conductas violentas, vengan de quien vengan. Sin embargo, a menudo les transmitimos la idea de: “quédate conmigo, que aquí estás a salvo”.

Por eso la **sobreprotección** es una pauta educativa dañina para el desarrollo de los niños, niñas y adolescentes. Conforme como adultos fomentamos su consciencia sobre la existencia de los riesgos sin actitudes alarmistas que los bloqueen ni atemoricen, les damos la oportunidad de generar estrategias para reconocerlos y saber afrontarlos. Si no lo hacemos, si no les hablamos de esos riesgos, los negamos, los mantenemos alejados de determinadas realidades les dejamos más desvalidos.

Justamente por eso es necesario que incorporemos al proceso educativo, entre otros aspectos, espacios donde compartir las preocupaciones con los niños adaptándonos a su capacidad de comprensión. Debemos aprender a trabajar la despedida del mismo modo que se trabaja la bienvenida y permitirles vivir el duelo y la muerte cuando les toca cerca. Y desde luego fomentar que conozcan los problemas sociales que les toque vivir en su entorno. Y en concreto, en el trabajo sobre violencia, el hecho de no hablar a los niños y niñas sobre maltrato es, en sí mismo, una forma de ponerles en riesgo de sufrirlo.

el viaje de la violencia al buen trato

No necesitamos mantener a los niños y niñas en una burbuja, lo que necesitamos es darles estrategias para manejarse en el mundo tal cual es. Y ese mundo, el real, el de afuera, nos guste o no, queramos o no admitirlo y asumirlo, incluye el dolor, el sufrimiento, el miedo y la ira.

# VIAJANDO HACIA EL BUEN TRATO: DEL BLANCO Y NEGRO AL ARCO IRIS<sup>5</sup>

1. Todos dudamos. No tengas miedo a decir “no sé”, solo estarás siendo sincero. Después busca tus propias respuestas.
2. Pregunta siempre, es el mejor camino para aprender.
3. No siempre vas a tener razón. Tu forma de ver las cosas no es más que una de las posibles.
4. Todos somos diferentes, ni mejores ni peores, solo únicos. Respeta y pide respeto.
5. Aprende a dar lo mejor de ti en las relaciones.
6. Conoce antes de elegir. Lo importante es que elijas lo que quieres, deseas y te gusta después de conocer las opciones que hay.
7. Todo el mundo tiene miedo alguna vez. Vivir hace reír y también llorar. Vive las emociones cuando te lleguen y no te ocultes.
8. Lo que te hace fuerte en unas situaciones, te hace débil en otras.
9. El mundo es muy grande y está lleno de vivencias y personas de todo tipo, algunas te harán bien y otras te harán daño.
10. No puedes exigir que te respeten un derecho si no aprendes a cumplir las obligaciones y aprendizajes que conlleva.
11. Hay un límite claro que debes respetar: lo que te pueda hacer daño a ti o a otras personas. Y ese límite te lo dirá tu cuerpo, tu corazón y las personas que te aman. Aprende a reconocer las señales de peligro dentro de ti, y hazles caso.

**A añadir cuando hablamos con adolescentes:**

1. Construir una vida propia implica separarse de quienes amas, conlleva en algunos momentos estar solo. Pero separarse no es rechazar, ni denigrar, ni humillar. Al revés, implica reconocer el valor de lo que has recibido y decidir qué parte asumes como propia.
2. No te engañes: no elegir o dejar que otros lo hagan por ti ya es, en sí mismo, una forma de elegir.
3. Decir “no sé”, tener dudas y preguntar lo que no se sabe son muestras de inteligencia. Busca tus propias respuestas.
4. Para opinar, infórmate primero. Razona tus posturas y sé flexible.
5. Aprende a escuchar a tu corazón y a tus tripas. Para poder elegir tu propia vida, tienes que aprender a escuchar lo que sientes dentro de ti y conocer las opciones que tienes.






## Un análisis de los mensajes que legitiman la violencia y las propuestas alternativas para el buen trato

¿Qué enseñamos a sentir a niños y niñas? ¿Miedo o fragilidad? ¿Duda o ira? ¿Amor o posesión? ¿Alegría o éxito?... ¿Qué geografía de sus afectos les ayudamos a construir las familias y la escuela? ¿Somos conscientes de que un proyecto educativo bien enfocado es un factor de protección integral para toda la comunidad educativa?

Este libro quiere contribuir a hacer consciente ese “mapa del mundo” que los educadores, incluyendo familias y escuela, estamos generando en niños, niñas y adolescentes. Un mapa que promueve y legitima la violencia, plasmado en seis mensajes educativos clave.

Y propone mensajes alternativos para transitar un viaje de la violencia al buen trato. ¿Nos atreveremos a incluir palabras como alegría, duda, valor o intemperie en la educación?



© Pepa Horno, 2012  
© De esta edición, Boira Editorial  
[www.boiraeditorial.com](http://www.boiraeditorial.com)  
ISBN: 978-84-15218-50-0  
Depósito legal: L. 1192-2012

